

La cena de los idiotas

Bertha Gutiérrez Rodilla

Universidad de Salamanca (España)

Aparte de esas epidemias que aparecen de vez en cuando, como la llamada *gripe del pollo*, que ha estado recientemente de moda, existen endemias que no saltan a los periódicos porque quizá de momento no resultan tan llamativas, pero que mantienen su actividad a lo largo de mucho tiempo y acaban siendo peligrosas. Ese es el caso de una que ya conocíamos en el siglo pasado y que consiste en que los afectados intentan hacerse los interesantes espolvoreando en sus conversaciones, por aquí y por allá, unas cuantas palabras inglesas —españolizadas o no—. Esto, todos lo sabemos, no es ninguna novedad.

Si lo traigo a colación es porque en las pasadas fiestas navideñas, en las que tuve ocasión de cenar más veces fuera que dentro de casa con esos amigos que, como el turrón, vuelven a casa por Navidad, además de verme obligada a admirar los bolsos *customizados*, es decir, *personalizados*, que llevaban mis amigas, me llamó la atención que tres personas distintas, en tres cenas diferentes, usaran un mismo híbrido angloespañol que, hasta ahora, yo nunca había visto empleado como material de espolvoreo: *isolado*. En la primera cena pensé, simplemente, que había oído mal. En la segunda, empecé a sospechar que, al margen de mis posibles problemas auditivos, allí se estaba cociendo algo más; lo que quedó confirmado en la tercera cena: me encontraba en ese momento histórico en que una palabra logra arribar a las costas españolas, a bordo de su patera. Sólo que aquí la patera era un yate de lujo y el viaje no se hacía por necesidad, sino por placer; como la tercera vez que Paquita la del Barrio engañó a su amante: por puro placer. El de demostrarnos a los pobrecitos que nunca hemos tenido la oportunidad de salir de casa lo que aprenden las personas de mundo cuando se van a trabajar al norte de Europa y necesitan usar el inglés como lengua habitual; tan habitual que les nubla su conocimiento de aquella otra lengua primitiva y bárbara en la que aprendieron a balbucear sus primeras palabras. Lo de menos es la *isolación* que sienten tan lejos del país que los vió nacer... Y cuando digo *isolación* me refiero a 'aislamiento', entiéndanme, sin ninguna relación con los efectos nocivos del sol, que deben echar tanto de menos.

Isolada me sentía yo en esta tercera cena entre gente tan *fashion*, por lo que traté de desviar la atención hacia otros temas que —ingenuamente pensaba yo— serían menos conflictivos; y, con la mejor de las intenciones, le dije a la anfitriona de la casa, que estaba en la cocina tratando de *implementar* el horno (según el DRAE, *implementar* significa 'poner en funcionamiento'), que los manteles que nos había puesto —esos estrechitos que van de lado a lado de la mesa— eran muy bonitos. «Se llaman *camino de mesa*, querida, que no estás al día», me corrigió ella. Y ahí ya sí, me sentí como el perfecto *con* de *La cena de los idiotas*. Y, por solidaridad con él, rogué en mi fuero interno para que los *camino de mesa* nos hubieran llegado desde Francia; porque, aparte de mi afrancesamiento crónico —que alimento, sobre todo, para hacer frente a mis *anglicizados* e *isolados* amigos que se van al Norte y que no entienden ni papa de francés: por eso no seré yo quien les diga que *isolado* les acerca más al francés que al inglés—, si hemos de aceptar lecciones de alguien, que al menos ese alguien tenga acreditado que, en cuestiones de mesa —como en cualquiera que implique cultivo de las apariencias—, no tiene parangón.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<cvc.cervantes.es/trujaman/>).

